


A close-up, profile portrait of Wolfgang Amadeus Mozart, looking downwards and to the left. He has dark, powdered hair and is wearing a dark coat with a white cravat. The lighting is dramatic, highlighting his facial features against a dark background.

**Misterioso  
Mozart**

**Philippe Sollers**

A decorative yellow wavy line that curves across the bottom of the page.

Gran aficionado a la música, y obsesionado desde siempre por el genio —ese misterio que trasciende la mera sabiduría y que los demás solo pueden apreciar a través de sus creaciones—, Philippe Sollers emprende en este libro una investigación sobre el genio de Mozart, su vida y su obra. Se trata casi de una simbiosis: Sollers se superpone, penetra, registra el corazón y las entrañas del virtuoso, gira alrededor de él y de sus familiares, le sigue en sus viajes y experimenta las mismas sensaciones. No se trata, pues, de una biografía más, sino de la inmersión de un adorador en el mundo de Mozart. Sollers describe cada instrumento, su aparición, su auge y caída. Y, sobre todo, las óperas: nos conduce a través de la intriga y de los diálogos, las sitúa en la vida del autor, comenta la instrumentación y las voces, los temas y la forma en que se convierten en música. «Misterioso Mozart» es un libro que escapa a las clasificaciones, muestra de la vitalidad de una de las más importantes figuras de la literatura francesa contemporánea. Philippe Sollers es uno de los intelectuales franceses más respetados. La versión francesa de esta obra estuvo durante tres meses en la lista de best-sellers.

«Tengo la cabeza y las manos tan llenas del tercer  
acto que no sería extraño que me transformara yo  
mismo en tercer acto».

MOZART

«Me convertí en una ópera fabulosa».

RIMBAUD

## 1 El cuerpo

---

Era una mañana de verano, un día muy caluroso. Yo tenía que tomar un taxi para cruzar París. El taxista, un asiático risueño, Mercedes negro climatizado, me dijo:

—¿Le molesta la música?

—En principio, no. ¿Qué tiene?

Me cita a dos cantantes de variedades, una cantante y, oh sorpresa, Bach y Mozart.

—¿Qué de Mozart?

—El *Réquiem*.

-¿De verdad?

—¿No le gusta?

—Sí, sí. ¿Qué interpretación?

—La Orquesta Filarmónica de Viena. ¿La conoce?

—Un poco. Pues sí, póngalo, gracias.

Pone la música.

—¿Demasiado alta?

—Puede subirla.

La grabación de Karl Böhm, 1971, Hamburgo.

La ciudad empieza a pasar, de derecha a izquierda. Plátanos, multitud, plátanos, cuerpos más o menos destapados, embotellamientos, contaminación ambiental, agobio del sol plúmbeo. El taxista ha oído hablar de la muerte de Mozart, con treinta y cinco años, dejando su *Réquiem* inacabado. La última hipótesis sobre esta muerte prematura que tanta tinta hizo correr acaba de llegar de Estados Unidos, ha acaparado los titulares de los periódicos y ha sido formulada por un tal doctor Jan Hirschmann, de Seattle.

Wolfgang Amadeus Mozart habría muerto de triquinosis, enfermedad corriente en la Viena de la época, debido a la ingestión de carne de cerdo agusanada y poco hecha. ¿La prueba? Esta carta de Wolfgang a su «queridísima y excelente mujercita», Constanze<sup>[1]</sup>, de los días 7 y 8 de octubre de 1791, o sea dos meses antes de su fallecimiento. Ella está tomando las aguas en Baden, cerca de Viena, *La flauta mágica* es un gran éxito popular: «A las 5 h y media, doy mi paseo favorito [...] Y, de repente, ¿qué veo? ¿Qué huelo? ¡Don Primus con sus carbonades! ¡Che gusto! Ahora, como a tu salud. Dan justo las once. Quizá duermas ya... ¡Shhh, shhh, shhh! ¡No quiero despertarte!».

*Carbonades* está en francés en el texto.

El apetito de Mozart se expresa en francés y en italiano.

¿Intoxicado por un cerdo a la brasa? ¿No hay más asesino que él mismo y su hambre insana? Desde un punto de vista estrictamente religioso, sería conforme. Esto me recuerda una carta de Sade, desde la cárcel, a su mujer, a quien llama (porque, según dice, le apetece comer esa carne, de la cual está privado) «cerdo fresco de mis pensamientos». ¡Queridas y excelentes mujercitas! Shhh, no hay que despertarlas.

*Réquiem*, pues, el canto interrumpido del cisne agonizante. Cuántos misterios en torno a esta última composición fantástica, el visitante gris desconocido, la sombra criminal de Salieri, los celos asesinos hacia un genio que pasa de la raya... No se destruirá la leyenda, aunque la realidad de los hechos esté establecida desde hace tiempo. El asesinato del inocente es un tópico insoslayable de la imaginación humana. Wolfgang debe de ser crístico, y de hecho lo es. No como está previsto, pero lo es de todos modos. Podemos estar seguros de que Jesús, si existió, no comía cerdo.

Mozart sí. Y ya este detalle, que no lo es, nos incomoda.

«*Requiem aeternam dona eis Domine, el lux perpetua luceat eis...*»

Desde mi taxi, que se parece cada vez más a un ataúd ambulante, veo de repente las avenidas y los transeúntes caer al vacío. Dales reposo eterno, Señor, y que la luz perpetua brille para ellos. Sí, para variar del bullicio y de la transpiración general. Qué deseable parece ahora la muerte en su grandeza, así como el Juicio Final, día de espléndida cólera en que el mundo será reducido a cenizas según los oráculos de David y de la Sibila... Qué magnífico terror nos sobrecogerá cuando resucite la criatura, cuando la trompeta, sembrando el estupor entre los sepulcros, reúna a todo el mundo ante el trono... Cuando la muerte misma y la naturaleza sientan espanto... «*Ad te omnis caro veniet*»... «A ti vendrá toda carne»...

El taxi pasa delante del Hôtel des Invalides, de resplandeciente cúpula, invadido por los turistas.

—Treinta y cinco años son pocos para morir —dijo el taxista.

—En esa época la gente era más madura. En la época de Napoleón, se llegaba a general a los veinticinco años.

—Al fin y al cabo, señor, cuando recorro París, pienso: ¿Qué es Francia? ¿Luis XIV, Napoleón, de Gaulle, Mitterrand?

—¿Quiere decir en orden descendente?

—¡Ja, ja!

«Y por aquel profético libro en que todo está contenido el mundo será juzgado. Cuando el juez se haya sentado todo lo oculto saldrá a la luz; nada quedará impune: ¿Qué podré decir yo, desdichado? ¿A qué protector invocaré, cuando ni los justos están seguros?».

—¿Está demasiado alto?

—No, no, deje.

Espero el gran grito del coro: «*Rex! Rex tremendae majestatis!*», el Rey de terrible majestad, súbitamente presente, allende los cementerios, las cenizas, los osarios...

Mozart, tan puntilloso en la elección de sus libretos y de las palabras que van a resonar en música, encontró uno que equivalía a todas las misas. Era un encargo, naturalmente (cincuenta ducados al contado), y siempre tenía una necesidad acuciante de dinero. Pero ¿por qué los autores de notas biográficas se preocupan de advertirnos de que no hay aquí ningún sentimiento «religioso»? ¿Acaso el músico no piensa lo que dice? ¿No entra a fondo en las frases que canta? «Mozart sentía poco interés por lo religioso. No era ni un compositor religioso ni un músico de iglesia. Era un compositor universal a quien la iglesia ofrecía la ocasión de expresarse de forma remunerada...».

—Parece que se lo sabe usted de memoria —gruñe el taxista, que está claramente harto de oír alaridos en latín.

—Puede parar aquí, gracias.

Salgo al bochorno, camino hacia mi cita, llamo con mi móvil para avisar de un ligero retraso, y me sale un alegre de Mozart, un concierto para violín. En Nueva York, recuerdo, en el ascensor de un hotel, era la 40.<sup>a</sup> sinfonía en sol menor. Para reservar un taxi, la *Pequeña serenata nocturna*. Y así sucesivamente. Mozart está en todas partes, es una industria permanente, comparte con Vivaldi el privilegio comercial de ser la música clásica de espera y de fondo, o sea el hilo musical. En unos instantes contestaremos su llamada, la empresa va bien, va usted por buen camino, alegre, ligero, fácil, es usted un consumidor elegido de las cuatro estaciones y del divino niño. Llévese nuestros caramelos y bombones sonoros, góndolas, festivales, joyas, perfumes, lencería fina, primavera y Navidad en la Tierra. La Tierra es un gran almacén giratorio, con retazos de Mozart en cada planta. No se emite el *Réquiem*, naturalmente, ni la aria del catálogo de *Don Giovanni*: nuestros clientes ateos y nuestras clientas feministas podrían quejarse. Tampoco una cantata masónica, nos dirigimos al gran público, no solo a los

hermanos y hermanas de la sociedad paralela. El pequeño Mozart, el jovencísimo Mozart lo tiene todo para gustar. Es un vals, un bollo vienés, un calmante auditivo. Una pizca de «gusto» en la inmensa maquinaria *kitsch* mundial. ¿Un poco de azúcar en la oreja? ¿Unas peladillas? ¿Un collar para mamá?

«El patio de mi casa» es uno de los éxitos de Mozart. Se rumorea que la compuso cuando no era más que un esbozo de embrión.

Parece ser que los japoneses han llegado incluso a inventar un sujetador «Noche de bodas» que, al desabrocharlo, desgrana una pizca de Mozart. Apenas casada, la joven japonesa ya está embarazada de un futuro genio muy rentable. Las cajas de música para cunas son ya incontables. Pulseras, broches, diamantes, collares de diamantes, joyas de todo tipo, todo lo que es flexible, fluido, ligero o brillante puede ser llamado «Mozart». También cualquier virtuosismo. Uno puede ser el Mozart de las finanzas, de los servicios secretos, del ordenador, del windsurf, del Kaláshnikov, del submarinismo, de la acrobacia aérea, del salto con pértiga, del tenis, del boxeo, de la lucha libre, del ajedrez. Mozart es el don personificado, el regalo ideal, la gratuidad sin esfuerzo. Nunca trabajó, le salía solo, lo suyo era innato. Podía hacer cualquier cosa, por lo tanto puede hacer que se venda cualquier cosa. Pasamos así de una envidia mortal a un cliché comercial vía culpabilidad secular. Era el divino niño, todos lo abandonamos y lo dejamos morir en la miseria, no pudo crecer por culpa nuestra, fue un *baby* para siempre, un *baby* deslumbrante que justifica todos los instintos pedófilos inconscientes. Dios nos lo dio, Dios nos lo quitó, no lo merecíamos, pero nos encanta. Todos somos hasta cierto punto sus padres, sus tíos, sus tías, sus hermanas, sus hermanos, sus primos, sus sobrinos, sus sobrinas. El pequeño Mozart balbuce en su pesebre mágico. Hermano Mozart, ruega por nosotros. ¿A que no adivinas con quién me he encontrado en misa, en el palco, en la



ópera, en la radio, en el cine, en la tele? Con Mozart. No muy alto, con una nariz bastante grande, nervioso, profundo, eléctrico, estaba pálido, tiritaba, parecía preocupado, su mujer no es amable con él, tiene deudas, una inspección fiscal. O quizás haya comido algo sospechoso, un filete con priones, cabeza de ternera contaminada, una costilla de cerdo podrida a la Salieri, una carbonada. Estuvo de moda hace diez años, pero francamente sus últimas producciones son demasiado complicadas, la audiencia ha bajado, su cotización en bolsa ha caído, no se puede emitir en *prime time*. Demasiadas notas, demasiadas disonancias, temas estrafalarios. En fin, espero que se cure, que tenga seguridad social. ¿El sida? Con los saltimbanquis, nunca se sabe.

Mozart, el verdadero Mozart, ¿a cuánto ascendería hoy su fortuna si cobrara a cada instante derechos de autor? Acabé preguntárselo a un especialista, que me contestó riendo: «Lo suficiente como para comprarse Austria entera».

«*Requiem aeternam, lux perpetua*»...

En unos grandes almacenes de Shanghai, una enorme y flamante sección de música clásica. Una dependienta joven y guapa. En inglés.

—¿Tienen discos compactos de Mozart?

—Por supuesto, señor.

—¿El *Réquiem*?

—¿Qué versión?

—La de Karl Böhm.

—¿Con la Filarmónica de Viena?

—Sí, por favor.

—¿Algo más, señor?

—Sí, la *Pequeña cantata masónica* K. 619.

Consulta su catálogo.

—No lo tenemos ahora, señor, pero puedo encargárselo si se queda todavía un tiempo.

—Entonces, *Don Giovanni*.

—¿En qué versión, señor?

- La de Cario María Giulini.
- ¿Con Joan Sutherland y Elisabeth Schwarzkopf?
- Y Eberhard Wächter y Gottlob Frick.
- Aquí tiene.
- ¿Le gusta Mozart?
- ¡Qué pregunta, señor!

Son las 5 h 30 de la madrugada, todo está en calma. Escucho junto al agua la 33.<sup>a</sup> sinfonía dirigida por Neville Marriner.

Contrariamente a lo que habrá pensado el siglo XIX y gran parte del XX, Mozart es una esfera cuya circunferencia está en todas partes y el centro en ningún sitio.

De todos modos, dirán ustedes, nació, murió, viajó mucho, tocó, compuso, en este momento se celebran conciertos de su música en cualquier rincón del mundo, aquí a mi derecha hay pilas de discos suyos, una gran estantería de libros acerca de él esperan ser utilizados, tengo ante los ojos su *Correspondencia* completa en siete volúmenes. Aparece por todas partes en el espectáculo. Su risa entrecortada es célebre, sus fantasías, sus caprichos, sus deudas, su billar, su soledad, su desesperada necesidad de amor, su rebeldía, su memoria de elefante, su infernal capacidad de trabajo. Mañana o pasado, por la radio, a esta misma hora o más tarde, habrá una sonata, un cuarteto, un quinteto, un concierto para piano, una música de ópera o de misa. Es constante. Aquí Salzburgo, Viena, Berlín, Roma, Londres, París, Madrid, Lisboa, Aix-en-Provence, Varsovia, Praga. Vivir en música es respirar en los números, Pascal o Mozart, elijan ustedes. De esta álgebra incesante y movediza surge una geometría variable. Mozart es sin duda alguna el mayor dramaturgo que haya tomado forma humana. También está Shakespeare, pero no sabemos nada de Shakespeare; en cambio, tenemos mil testimonios acerca de Mozart. Ningún retrato realmente fiable, es verdad, ninguna máscara mor-

tuoria (su mujer, como por casualidad, la rompió), ninguna tumba, pero sí páginas y páginas escritas en letra pequeña de pajarito, partituras con sus cinco líneas acribilladas por una lluvia de notas, claves, corcheas, semicorcheas, violines, sopranos, tenores, más rápido, más rápido. La tinta apenas seca, ya hay que ir a animar a la orquesta y las voces. Es extraño pensar que, después de Mozart, todo se ha *ralentizado* en el ruido, la furia, la pesadez o el estruendo. Se ha producido una aceleración de la historia, de acuerdo, pero sobre fondo de estupor, de entorpecimiento. En nuestros días, la velocidad está en todas partes menos en las mentes. En tiempos de Wolfgang, es lo contrario. Se viaja en diligencia, los prejuicios obstruyen el horizonte, todavía es la inmensa provincia, la nobleza, salvo alguna excepción, no entiende nada de lo que está por venir, pero la efervescencia sensual y neuronal está aquí, la inteligencia brota a través de los dedos y de los hálitos. El humanoide actual es un montaje electrónico de cabeza reblandecida. La punta del siglo XVIII, por el contrario, es un pájaro espiritual con una animalidad de seda y de acero.

La acción dramática y la libertad ante todo. El 2 de febrero de 1781, Mozart está en Múnich montando su ópera *Idomeneo*. Tiene veinticinco años. Escribe a su padre: «Tengo la cabeza y las manos tan llenas del tercer acto que no sería extraño que me transformara yo mismo en tercer acto». El 26 de septiembre del mismo año, acerca de *El rapto del serrallo*: «Ahora me encuentro como una liebre en pimienta». En Viena, Wolfgang acaba de mudarse; su padre, Leopold, se preocupa por Salzburgo, por los rumores que circulan acerca de la vida desordenada de su hijo. Recibe esta respuesta: «Ateneos a partir de ahora a este principio: no os *adressez* a otras personas, porque, ¡por Dios!, no doy cuenta a nadie, en modo alguno, de mi vida y milagros, ni siquiera al emperador».



Salzburgo, fuera de temporada, es una bendición. Uno llega a Baviera y sus lagos azules (saludando al pasar el capricho de Luis II), domina las montañas, no tarda en encontrarse ante una pared rocosa que protege la ciudad, su río, su blancura de sal, y aquí está el abrevadero de los caballos pintados de colores, en la plaza Karajan. Desde lo alto del monte de los Monjes, vista sobre todas las iglesias. Detrás, la naturaleza se abre inmediatamente, pendientes, praderas, bosques y sotobosques, claros, horizontes nevados, suave frescor. No hay nadie, me tumbo en la hierba, tengo ganas de dormir, pero el chófer, un antiguo trompa local, me espera para ir a la abadía de Maria Plain, lugar de peregrinaje mariano. Basta tararear unas notas a su lado para que todo vaya más rápido. Austria es un castillo de música con ondulaciones, pueblos, viñedos, ríos, jardines. El sol es brillante, el azul puro, el blanco y el dorado predominan. Es el ensayo glorioso del catolicismo y de la Contrarreforma, que aquí destellan a cada instante. Un joven católico genial se convertirá poco a poco, no se ha reflexionado suficientemente sobre eso, en el francmasón más inspirado de los siglos. ¿Por qué? ¿Cómo? De momento, respiro este atardecer junto a la iglesia, en pleno campo. Entro, la misa tendrá lugar en un cuarto de hora, unas cuantas ancianas llegan renqueantes, subo hasta el órgano, toco unas notas. Nadie dice nada ni me impide hacerlo. Se entra y se sale como se quiere.

*Do mi fa sol re si do*, los pilares están curados de espanto, como en todas las iglesias de la región. La Virgen María, la Trinidad, los santos, los atrios, las fachadas, los campanarios con cúpula, los órganos, las cuerdas, la madera, los co-

bres irradian la sustancia humana para un concierto permanente. Este ya se eleva, en silencio, en la arquitectura. Los Alpes están de acuerdo, y la noche también.

María, pues, es Maria, y señalaremos de pasada que los nombres de Maria y de Anna (madre de la virgen) son extrañamente numerosos en la familia de Mozart. La madre se llama Anna Maria (aunque a menudo firma las cartas Maria Anna); la hermana de Mozart, Nannerl, se llama Maria Anna, igual que su muy especial primita («la Bäsle») y la madre de esta. Una madre, una hermana, una prima, una tía, en el mismo registro o la misma tonalidad, es mucho para un niño aficionado a los sonidos y cuyo padre es, por cierto, un músico más que honorable. Es inevitable que se haya preguntado si no había sido engendrado o reengendrado por la oreja. El nacimiento y la muerte biológicos, confrontados a la muerte y el nacimiento simbólicos, son la trama y el fondo de la aventura de Mozart.

Maria: ¿diosa del Cielo o Reina de la Noche? ¿O ambas cosas?

Cuando se casa su hermana, a la ya problemática edad de treinta y tres años, con un burgués que le lleva quince años, viudo por segunda vez y padre de cinco hijos, Wolfgang le dirige una carta muy curiosa. Él ya está casado, sabe de qué habla. Este mensaje irónico y filosófico lleva la fecha de Viena, 18 de agosto de 1784:

*Ya va siendo tiempo de que te escriba, si quiero que mi carta te encuentre aún vestal. [...] Acepta, sacada del compartimento poético de mi cerebro, esta pequeña advertencia:*

*Aprenderás en el matrimonio muchas cosas  
que eran para ti un medio enigma.  
Pronto sabrás por experiencia  
cómo Eva hizo otrora  
para luego traer a Caín al mundo.  
Pero, hermana, estos deberes maritales*

*los cumplirás gustosa y de buen grado;  
 pues, créeme, no son penosos.  
 Pero cada cosa tiene dos caras:  
 si el matrimonio aporta muchas alegrías,  
 trae también muchos sinsabores;  
 así, si tu marido te pone mala cara  
 sin que creas merecerla,  
 un día en que estés de mal humor  
 piensa: ¡eso es solo un capricho de hombre!  
 Y di: ¡mi señor, hágase tu voluntad  
 de día, y hágase la mía de noche!*

Tu hermano sincero, W. A. MOZART

El acto de reproducción (sexual o no, pero siempre es sexual) es una acción de las tinieblas. Así fue como hizo la señora Mozart madre para dar a luz a sus siete hijos. Hizo bien en insistir, porque Wolfgang era el séptimo. Pero, de todos modos, ¡qué trabajo! Con la aprobación de Dios, por supuesto, y Leopold no diría lo contrario. ¿Acaso es por eso por lo que su creación musical, a pesar de su mérito, alcanza un nivel tan mediocre? Mozart no lo dice, pero lo piensa.

Austria es una continuación de Italia y de Roma. Es más al norte, al oeste y al este donde ya se han planteado y se plantean cuestiones relativas a Dios. Aquí están todavía en la evidencia del Mediodía de la cristiandad, en lo que Nietzsche, a propósito de Mozart y para oponerlo a Wagner, llamaría «la fe en el Sur». ¿Música o filosofía? Música. En latín, en italiano, en alemán. Tres lenguas, tres cuerpos diferentes, de un país a otro.

El barroco es un cambio permanente. La fortaleza blanca de Salzburgo lo defiende. Montaña transformada en muro gigantesco, roca gris labrada y limpia, con sus casas pegadas a la pared, cresta de bosque frondoso, «espeso y vi-

vo» como el paraíso terrenal de Dante. Roca, enramadas, casas, monasterios en los bosques, caminos y recovecos que parecen no llevar a ninguna parte, interrupciones, mirlos en la hierba, linderos. La sinfonía da un salto, se detiene, reanuda, nada es obligatorio, uno se escapa. Hay aberturas, brechas. He aquí un castillo a orillas de un lago bajo la Luna, salón veneciano, amplia biblioteca, y, a unos kilómetros, de nuevo lo abrupto, lo vertical. Cualquier sinfonía de Haydn te lo hace escuchar hasta el vértigo. El quinteto con clarinete o el concierto para clarinete de Mozart también. El clarinete, más que la flauta, es el instrumento mágico de esta naturaleza. Resume las hayas, los abedules, los abetos, las secoyas, los tejos, los pinos, los castaños, los robles, los tilos, las acacias, los arces. El clarinete es la raíz encantada, el remedio contra la angustia, la melancolía, la náusea.

¿Qué más? la casa natal del genio, los retratos de la época del genio, el pianoforte del genio (unas cuantas notas en homenaje al genio), el violín del niño-genio. Marionetas, un teatro de verdor, un cementerio tranquilo con magnolia y margaritas donde están enterrados, no, no es posible, claro que sí, el padre del genio y la mujer del genio (la madre del genio está en alguna parte del subsuelo de París, donde murió en 1778 durante un viaje con su hijo, fue enterrada en la iglesia de Saint-Eustache; en cuanto al genio en sí, sus restos son imposibles de encontrar, puesto que fue arrojado a una tumba comunitaria en 1791). Leopold y Constanze están, pues, casados en la descomposición, en pleno Salzburgo. Leopold falleció en 1787 (el año de *Don Giovanni*), y Constanze en 1842. Tiene una inscripción mucho más visible que su exsuegro. Se volvió a casar después de la muerte de Wolfgang, de modo que se lee: Constanze von Nissen viuda de Mozart. Destacan, en versales, los NISSEN y MOZART. Nissen ocupó el sitio de Mozart (de hecho, empezó bastante pronto una biografía del antiguo marido de su mujer). ¡Qué simple resulta todo, cuando